

Presentación



Nicolás Cubillos S.
Rector de la Universidad Finis Terrae

El presente número de nuestro anuario, revista Finis Terrae, está dedicado a un tema de suyo interesante y complejo. Porque tiene múltiples aristas, dimensiones y alcances. El comité editorial acordó titularlo "certezas e incertidumbres del siglo XXI". Y en realidad parece generar más preguntas que respuestas.

Cuando logramos conocimiento seguro, claro y evidente sobre algo, adquirimos un estado que denominamos certeza, que suele acompañarse de un sentimiento de bienestar y firmeza de la voluntad. La incertidumbre, siendo prácticamente lo opuesto, por desinformación o por falta de acuerdo sobre lo que supuestamente se sabe o se sabía, genera angustia, temor, dado que suele asociarse a la sensación de riesgo.

¿Cuál de los dos estados o sentimientos predomina en el mundo contemporáneo?

Desde los años '80 del siglo pasado, países y pueblos del mundo fueron progresivamente experimentando un proceso de integración cada vez más evidente, que se intensificó con el fin de la Guerra Fría y el derrumbe de la Unión Soviética, del cual surgió un nuevo orden que pasó a conocerse como globalización, porque afectó a todo el planeta. En verdad, es un fenómeno que se desarrolló en ámbitos muy diversos pero los cuales están indefectiblemente conectados.

Por señalar los ejemplos emblemáticos: la proliferación de empresas multinacionales, de mercados regionales o de tratados de libre comercio, la integración electrónica de los sistemas financieros, medios de transportes veloces y de gran volumen, creación de gobiernos internacionales y regionales, la expansión de las tecnologías de la información y el conocimiento, entre otros. La particularidad del fenómeno está en que son sistemas que cruzan horizontalmente los estados nacionales, las diferentes sociedades y culturas, sin que pueda distinguirse fácilmente la procedencia de tal o cual influencia, movimiento o poder.

Este nuevo orden planetario ha impactado fuertemente la vida cotidiana de las personas, aunque no exista conciencia que eso ocurre diariamente desde entonces hasta ahora. De partida, el peso de una perspectiva globalizante dificulta la configuración de identidades colectivas e individuales, porque las antiguas categorías identitarias han tendido a desaparecer (el estado-nación, las visiones, valores, pautas de conducta tradicionales, formas aportadas por el medio laboral, religioso o profesional, etc.) De esta realidad ha surgido un nuevo individualismo, porque las personas se han visto impulsadas a constituir sus propias vidas, sus identidades particulares, en constante adaptación a un entorno casi en permanente cambio. Es visible también lo que la globalización ha significado para el ámbito laboral, con mercados que se han transformado en poco tiempo, exigiendo habilidades y competencias que modificaron definitivamente los itinerarios para operarios y profesionales, máxime con la incorporación plena de la mujer al trabajo y vida pública, que ha repercutido en la realidad familiar y la constitución cada vez más tardía de matrimonios.

Por sobre todo, el impacto cultural es el más significativo. Hay un "imperialismo cultural" extendido mundialmente, donde las formas, estilos y perspectivas occidentales se han impuesto a una gran proporción de costumbres originales de diferentes latitudes. Gracias a los medios de comunicación, particularmente de la televisión, imágenes, ideas, modas, formas de convivencia, etc., se expanden a gran velocidad por el mundo. Igualmente inquietante resulta constatar la proliferación del llamado "riesgo manufacturado". Aquél que es provocado por la intervención del hombre – con sus conocimientos y tecnología – en el medio natural. Suele señalarse como casos significativos

la urbanización explosiva, la contaminación industrial, la destrucción medioambiental, la producción de alimentos genéticamente modificados, el terrorismo, entre otros.

Este contexto que puede ser conocido al menos en medios ilustrados y que pareciera ser más propio de sociedades desarrolladas – pero respecto del cual ningún país es ajeno o está a salvo -, ha tenido una repercusión difícil de dimensionar sobre el hombre de nuestro tiempo. Porque ha instalado, según opiniones autorizadas, una especie de cosmovisión o meta cultura cuyos rasgos más característicos serían: una extrema consciencia del “yo”, el cual deviene en individualismo extremo; falta de convicciones esenciales; rechazo a las argumentaciones racionales, de acuerdo a principios lógicos; prefiriendo opciones sensibles, intuitivas o emocionales, en reemplazo de “verdades” definitivas, lo que a su vez provoca confusión en la escala de valores trascendentes o simplemente ausencia de valores; dependencia del entorno o de exterioridades y atracción por lo que se considera nuevo. Como contrapartida, falta de conciencia histórica o menosprecio por la tradición; adhesión a un cierto pragmatismo, que busca lo útil en términos concretos o materiales, lo inmediato y lo eficiente. En fin, la lista continúa y ha significado, en un plano más profundo aún, una muy diferente concepción de la vida para las nuevas generaciones.

Precisamente, el tema de esta revista, se prestaría para evaluar cuales son las certezas que distinguen y a las que adhieren los jóvenes y cuales las incertidumbres que visualizan y les preocupan. Es un tema para meditar. Por esta razón el comité editorial lo propuso para el presente número de *Finis Terrae* y el lector podrá encontrar un conjunto de reflexiones diversas en los diez artículos que contiene.

En esta ocasión, él también incluye un dossier con los discursos pronunciados en la ceremonia de transmisión del cargo de rector de la universidad, ocurrida el 1 de octubre del presente año.

Finalmente, contiene la “Crónica de la Universidad”, que registra las actividades más importantes realizadas durante el año por todas sus instancias.